

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 27 DE AGOSTO DE 1888→

NÚM. 348



PARA EL DIA DE LA FIESTA, dibujo de Davidson Knowles

SUMARIO

TEXTO. — *Las heroínas de la navegación en el viejo Mediterráneo*, por don Emilio Castelar. — *La reina de los peces*, por don R. Revenga. — *Noticias varias*.

GRABADOS. — *Para el día de la fiesta*, dibujo de Davidson Knowles. — *Junto al lago*, cuadro de J. M. Marqués. — *¡Aquí te quiero ver, escopeta!* cuadro de Otón Ruprecht. — *¡Padre nuestro!* cuadro de Gabriel Max. — *La capilla de los toreros*, cuadro de Salvador Viniegra. — *La reina Natalia de Servia*. — *Cabeza de viejo*, estudio del profesor Andreotti.

NUESTROS GRABADOS

PARA EL DÍA DE LA FIESTA

dibujo de Davidson Knowles

A los diferentes trabajos del distinguido dibujante inglés, que ya conocen sin duda los constantes suscriptores de nuestro periódico, agregamos hoy este que no desmerece por ningún concepto de los anteriores. El asunto es sencillo, como que se reduce a representar una linda muchacha dedicada a adornar con esmero el clásico *bonnet* de las habitantes de las costas normandas para estrenarlo el día de la próxima fiesta del pueblo; pero el dibujo de esta única figura está trazado con tal vigor, tanta vida, y tal soltura y naturalidad que aquilata una vez más las excepcionales condiciones del autor para este género de trabajos.

JUNTO AL LAGO, cuadro de J. M. Marqués

El distinguido autor de este lienzo parece haber querido representar en él los encantos de la soledad. Aquellos que, por suerte ó desgracia, habitan las grandes capitales, veranean generalmente en lugares tranquilos y apacibles, y es que en esta vida las sensaciones más agradables resultan del contraste. El amor de la lumbre es grato cuando en la calle se siente intenso frío; como al asarse el cuerpo en agosto sabe a gloria una bebida helada. Únicamente aquella parte de la clase media que no ha tenido ocasiones de lucir sus galas durante el invierno, elige en verano las estaciones balnearias donde la gente cursi puede vengarse, frecuentando paseos y casinos, del olvido á que ha sido anteriormente relegada.

Las damas de nuestro cuadro han tenido el buen gusto de vernear cabe uno de los lagos de la encantadora Helvecia; y Marqués, á quien la naturaleza atrae singularmente, ha descrito el paisaje con pincel verdaderamente poético. Cuando este artista pinta agua produce siempre notas justas: de él puede decirse que cuando está *metido en agua* está en su elemento.

¡AQUÍ TE QUIERO VER, ESCOPETA!

cuadro de Otón Ruprecht

Rompióse el velocípedo á mitad del viaje, y aquí empiezan los apuros. Al elegante velocipedista nada le parece más procedente en semejante caso, que dirigirse al herrero de la aldea. Mas este buen hombre, para quien esa moderna máquina es una verdadera novedad, se encuentra en el caso de un médico á quien se le digá que cure una enfermedad que no conoce. Todo se le vuelve contemplar al enfermo, pero el remedio no parece, ni parecerá sin duda.

La gente del lugar, atraída por lo raro del caso, presencia la escena con indiferente curiosidad, y la calma general contrasta con la impaciencia del *dandy*, que no acierta á comprender cómo es imposible remediar una avería que tan fácilmente se repara en Viena, en Berlín, en París y demás capitales donde se paga tributo á la *velocipedería*. ¡Qué atraso, Señor, qué atraso en un país que se dice culto!

La situación está perfectamente representada en este cuadro, cuyo lugar de escena tiene buen sabor local, como son muy expresivas las fisonomías y actitudes de los personajes.

¡PADRE NUESTRO!... cuadro de Gabriel Max

Cuéntase que un día de *relache* en el antiguo *Teatro Español* de Madrid, hallábanse reunidos en buena compañía con los más ilustres poetas de la corte las mayores eminencias del arte declamatorio. Allí estaban, por consiguiente, el gran Rómulo, que profesaba el arte como un culto; el atildado Joaquín Arjona, á quien no pasaba desapercibido el menor detalle escénico; el inspirado José Valero, que conocía como nadie el secreto de arrebatar al público con un gesto ó una mirada; el colosal don Carlos Latorre, que eclipsó la gloria de Májquez y por nadie ha sido igualado aún, y allí estaba, finalmente, entre otros varios, el célebre don Antonio Guzmán, el *gracioso* de la compañía, á quien sus compañeros de profesión daban el nombre de *el maestro*. Por vía de pasatiempo se propuso, y fué aceptada, la buena idea de que cada uno de los egregios artistas declamase la tirada de verso ó prosa de su preferencia, y no hay que decir si de aquellos labios salieron maravillas de ejecución. Sucedíanse los aplausos siempre más entusiastas, cuando llegó el turno á Guzmán y el auditorio escogido se preparaba para desternillarse de risa, esa risa de buena ley que nunca defraudó la *vis cómica* de Guzmán.

Pero ¡oh decepción!... don Antonio, *el maestro*, recitó... la *Salve Regina*... Al concluir, no resonó un solo aplauso; el auditorio lloraba á lágrima viva; la unión del artista se comunicó á poetas y actores; los aplausos hubieran sido una profanación; la estancia ó *foyer* del teatro se convirtió instantáneamente en templo. Aquello fué el mayor triunfo conseguido por Guzmán en su larga y siempre gloriosa carrera artística.

Aplicábase esta anécdota á Gabriel Max al contemplar el cuadro que publicamos de tan eminente pintor. Muchas, muy bellas, muy colosales obras ha producido el gran maestro; pero su verdadero *tour de force* es esa figura incomparable. La tensión de ese cuerpo, la rigidez de esos brazos, la crispatura de esas manos, la expresión de ese rostro están revelando la unión, la *fé*, con que esa joven cristiana pronuncia la más bella, la más sentida, la más completa de las oraciones conocidas. Sus ojos buscan en el espacio al Señor que sus labios invocan; le buscan y le encuentran sin duda, no envuelto en llamas como se apareció á Moisés, sino resplandeciente de amor, de bondad, de compasión. Esa mujer ve á Dios como se lo figuran las que en Él confían más que á Él temen; como se lo figuran los que por Él sienten ese respetuoso amor que hizo vibrar por primera vez el corazón de Magdalena, los que en sus días de prosperidad y en sus horas de desgracia pronuncian una misma frase: *hágase vuestra voluntad*.

Y he aquí cómo el artista completo se apodera de una idea que por lo encarnada en todos de todos pasa desapercibida, y de lo aparentemente vulgar saca lo sublime. Mas para ello hay que estar á la altura de Antonio Guzmán y de Gabriel Max.

LA CAPILLA DE LOS TOREROS

cuadro de Salvador Viniegra

Cuando fué expuesto este lienzo el público lo aplaudió con entusiasmo: con él se consolidó la reputación de su autor; con él obtuvo el título de maestro en el arte. El desalmado público que ocupa palcos y tendidos en demanda de emociones groseras y sangrientas que critica con harta razón en el pueblo romano, no sabe ó no recuerda en su embriaguez que los lidiadores tienen madre, esposa, hijos, y que antes de disputar su vida á la terrible acometividad de una fiera poderosa é irritada han implorado á la Virgen con una fe tan ruda como intensa. La escena de la capilla es el contraste de la escena del Circo: si el público presenciase la primera es muy posible que el segundo quedara desierto.

LA REINA NATALIA DE SERVIA

Nuestros favorecedores y más aun nuestras favorecedoras nos agradecerán sin duda la publicación de ese retrato. La reina de Servia es una figura histórica que excita poderosamente universales simpatías: ante el jurado de la opinión femenina la causa de su esposo se halla completamente perdida.

Natalia es hija del coronel ruso Keschko y de la princesa Sturtza, descendiendo de los Bojares. A los 16 años de edad (1875) casó con el entonces príncipe Milán, de cuyo matrimonio nació en 14 de agosto de 1876 el príncipe Milán. La felicidad de los jóvenes esposos no fué duradera; la vida común se hizo imposible entre ellos, y aun cuando en 1882, cuando fué elevado á reino el principado de Servia, pareció renacer la calma conyugal, apenas terminada la guerra de Bulgaria estalló más profunda la disensión antigua. Natalia abandonó el territorio servio á principios de 1886 llevándose á su hijo, dirigiéndose primero á sus posesiones de Rusia y más tarde á Odessa, donde proyectó establecer su residencia. Vuelta luego á Belgrado al lado de su esposo, á consecuencia de una tentativa de reconciliación, pronto se desterró nuevamente, en compañía del príncipe heredero. Intentada otra reconciliación, para lo cual los esposos celebraron una entrevista en Viena sin resultado alguno, la reina se encontraba no ha mucho en Wiesbaden, cuando el gobierno alemán la obligó á desprenderse de su hijo, entregándolo al ministro de la guerra de Servia que lo reclamó en nombre de su padre. Dícese si el rey Milán ha dado este paso, seguido de una demanda de divorcio, obligado por motivos políticos. Las madres, que no entienden de tales achaques, se han pronunciado unánimes contra el esposo de la reina Natalia.

Tiene ésta 29 años de edad; es de esbelta figura y de hermoso rostro, realizado por una magnífica cabellera, peinada á estilo griego, que imprime á su fisonomía el carácter de una obra maestra de la antigüedad helénica.

CABEZA DE VIEJO

estudio del profesor Andreotti

Es notable este trabajo por la observación del original y la finura de la ejecución. Los años y los trabajos han destruido la parte física de ese cuerpo; pero la vivacidad de su mirada y la sonrisa algo mefistofélica que asoma en sus labios, revelan que el libro rústico de la gramática parda se mantiene perfectamente conservado en su memoria. Tipo exacto del *contadino* toscano, bajo la apariencia de una simpática ingenuidad se oculta la agudeza característica del campesino de todos los países.

LAS HEROÍNAS DE LA NAVEGACIÓN EN EL VIEJO MEDITERRÁNEO

(ESTUDIO LITERARIO)

Las heroínas de la Odisea no van en zaga, no, á las heroínas de la Ilíada. Entre los dos poemas existe la diferencia real que pudiera existir entre dos civilizaciones pertenecientes á opuestos hemisferios del tiempo. La Ilíada resulta el poema de la guerra, mientras el poema de la navegación resulta por su parte la Odisea. En tal concepto, mueven fuerza é ira la una epopeya y astucia é inteligencia la otra. Las divinidades mismas, á servicio de los esfuerzos por el combate y sus horrores en la primera epopeya, pónense á servicio de los esfuerzos por el trabajo en la segunda. Vese allí todo lo que destruye; vese aquí todo lo que produce y crea. Neptuno airado significa el mar dispuesto á no dejarse por las quillas del navío herir, ni someter por el trabajo de seres despreciables como el hombre, cuando se le compara de algún modo con sus espacios infinitos, con sus horizontes indecibles, con sus abismos insondables, con sus huracanes desatados, con sus tormentas continuas, con sus oleajes ensoberbecidos en tales encrespamientos y con tal furor que parecen dirigirse á extinguir las estrellas con sus arremolinadas aguas. Y las playas inhospitalarias donde Ulises aborda los escollos en que su esquife naufraga, los vientos unas veces sueltos con furor y otras metidos en los odres con sumisión, aquellas sirenas que cantan suaves entre las sirtes y atraen á los abismos, aquellos cíclopes con resuellos de volcanes y hambre de antropófagos, el Eolo á cuyo solo los oleajes ascienden alterados como si combatieran rabiosos con las nubes sacudidas por las centellas y resonantes de truenos, las piedras que se desgajan sobre los mástiles y timones, las cavernas que se abren con bostezos terribles y se tragan tantas gentes, aquel empeño de Calipso en mantener cautivos á los arribados, la magia de Circe y sus compañeras empeñadas en retener con sus encantos y sus hechizos al extranjero apartado de su patria. Todos estos obstáculos representan de manera maravillosa, con aquella fuerza de personificación poética natural á los antiguos clásicos, todas las resistencias ofrecidas por el Océano y sus costas á las exploraciones del marino y á los cambios del comercio. Por una ley natural ineludible, los barcos idos á tierras inexploradas llevan en sus vientres elementos de cultura ignorados por pueblos fijos, merced á su barbarie ó su inexperiencia, en el territorio propio como las raíces de los árboles en el suelo vegetal, y pugnan con todo cuanto cambia sus costumbres, aunque las pula y las mejore. De aquí las terribles fuerzas suscitadas contra el viaje de Ulises, y la destreza con que va como burlándolas de soslayo quien jamás podía vencerlas de frente. Por eso la Odisea quedará como el cántico dedicado á las artes usuales en una industria sabia, para vencer los combates

de la Naturaleza, inaccesible casi al humano esfuerzo y sólo rendida, en su poder supremo y omnímodo, al prestigio y al milagro de una clara y superior inteligencia. Tal aparece á los ojos menos escudriñadores el viaje de Ulises y su arribo feliz, tras tantos obstáculos á Itaca.

Principalmente resaltan las mujeres entre todos los personajes de la Odisea. Semejante coro inmortal significa la distancia entre aquella cultura bélica de los tiempos de Aquiles y esta cultura mercantil de los tiempos de Ulises. Merced al mayor influjo ejercido por el sexo hermoso y dulce y tierno sobre la crueldad y la rudeza del sexo fuerte y guerrero, dulcificábase las costumbres y vuélvense mejores los hombres. Penélope representa la incontrastable fidelidad y constancia de una esposa de marino, la cual ha menester dobles virtudes que las demás mujeres, para preservarse á las asechanzas de los desocupados que la cercan, y mantener incólume su pureza, y con su pureza la indispensable legitimidad sacra de toda la familia, en los largos viajes con sus tristes ausencias y sus forzosas separaciones entre los cónyuges. Con sólo recordar un pueblo marítimo, y ver la esposa del ausente hoy mismo, levantándose á la primera luz para ir á la misa del alba, en que no encontrará importunos, y recluirse luego hasta la madrugada de nuevo día festivo, al cuidado y solicitud de sus pequeñuelos, descúbrase una copia del maravilloso ideal dejado por Homero en aquella Penélope circuida por pretendientes dados á tenderle con sus regalos y sus requiebros múltiples lazos, inútiles, por incomprensibles, á la esposa fiel, encerrada en sus deberes, y que menosprecia de suyo halagos, asechanzas, asedios de las ambiciones y de los apetitos, respondiéndoles con ofrendas constantes de flores y frutos en canastillas bienolientes, ó de mieles y vinos en copas áureas, presentadas ante los altares de Minerva, para que prospere los días del navegante perdido en el mar y lo devuelva sano en alas de las brisas y sobre las celestes ondas á la casa y á la familia y á su esposa, vivas en sus ojos, de donde las transmite al pecho y al recuerdo en sentimientos y remembranzas, con la seguridad completa de volver á verlas y saludarlas en verdadera y profunda efusión antes de su muerte. Por la virtud purísima de tal mujer puede comprenderse que Ulises permanezca en su viaje sordo á las seducciones é inflexible á las amenazas, como el escollo que las ondas combaten por las plantas y los huracanes por las cimas, sin lograr nunca jamás conmovérlo. En vano Calipso le ofrece gruta por hogueras de cedro armada interiormente, y á cuya puerta el frescor de los bosques se confunde con el aroma de las flores en praderas ornadas por pámpanos y racimos que se prenden á las pirámides sombrías del ciprés y á las ramas de los laureles, y á los brazos del álamo, animados por el rumor de los arroyos y el arrullo de las palomas; el marino mira la mar inmensa y sabe que tras sus líquidos desiertos se ocultan allá lejos, no unos Campos Elíseos como estos, donde la fortuna lo retiene atado con cadenas de risas, una tierra seca y pedregosísima, pero guardando en su aridez el sitio en que yacen los sepulcros de sus abuelos, y se meciera la cuna de sus hijos, no lejos del tálamo y del trono compartidos con una mujer predilecta, dechado hermoso de todas las virtudes.

No pueden referirse ni contarse las personificaciones dejadas en sus mujeres hermosas y variadas por el cantor de la Odisea. Unas representan la calma celeste de los mares mediterráneos en las noches del estío, y otras la hospitalidad propia de todas esas familias ribereñas, en quienes ha puesto Naturaleza tales sentimientos de comunicación para que sirvan en sus puertas al encuentro de todas las razas, al cambio de todos los productos, al vuelo de todas las ideas. Cuando yo leía por mis aulas, tan lejanas hoy en los espacios del tiempo, tan próximas á mí en los afectos del corazón, pues me parece asistir á ellas en espíritu, cuando yo leía las obras clásicas, y tornaba luego los ojos al mar celeste, pues para verlo bastábame con bajar el adorado libro, aquella trémula superficie de cristal azul-perla, y aquellas ondulaciones suaves ceñidas por gasas de ligeras espumas, y aquella refracción del sol desde su zénit en las aguas fingiendo como lluvia de menudas estrellas rebotadas de nuevo á los aires cual enjambres de áureas mariposas y abejas, toda la meridional hermosura de nuestros mares me recordaba la ninfa Leucotea, propicia siempre al navegante griego é interpuesta entre las cóleras de Neptuno y las naves de los helenos para volver prósperas y felices las expediciones más arriesgadas y audaces. ¡Cuántas veces he visto esa incomparable habitante de las cristalinas urnas mediterráneas al acompañar en sus esquifes á los pescadores de peces volantes por las noches, cuyos pescadores de pie sobre la popa, en su mano el tridente, á los pies el fuego puesto sobre una especie de trípode y resplandeciendo hasta encender y animar el color azul de su traje y el color encarnado de su gorro, van dejando resplandores á los cuales veis un jaspeado de colores en las arenas y bajo las aguas resplandecientes también por el retrato de los astros en su seno y por el fosforeo de las luminosas estelas! Y ¿quién podrá olvidar á Nausicaa? Miradla en su carro tirado por las mulas engalanadas, junto á los lavaderos de su casa regia, de pie por los bordes aquellos de los secos torrentes vecinos al mar que mezclan las adelfas con las algas, y decidme si no la saludaréis como la saludaba el navegante griego comparando su talle gallardo con la palmera solitaria que sombreaba con sus palmas el ara sacra de la hermosa Delos. Id á cualquiera de nuestros caseríos mediterráneos, sentaos á la puerta fatigado para respirar bajo el sol ardiente la salada brisa del fresco mar, y cuando la joven de ojos negros y profundos, de trenzas cogi-



JUNTO AL LAGO, cuadro de J. M. Marqués

das con aureas agujas, de alpargatas semejantes á sandalias, de pañuelo sembrado por lentejuelas, con el jazmín á la cabeza esférica y el zagalejo de colores al cuerpo escultórico, y el cántaro al costado, y el vaso en la diestra, sonriente de alegría y deslumbradora de belleza, bajo el parral, junto á la pasionaria, entre los limoneros y los granados y las higueras, os traiga una cesta de frutas más olientes que flores y una toma de agua más embriagante que vino, recitará los versos de la Odisea, y os parecerán divinos, porque han libado en mirtos, azahares, gomas, espiégoles, tomillos, las mieles de una poesía inmortal destilada por todos los poros de nuestra fecunda y deliciosa tierra. Sirenas vosotras sois con vuestra dulce y melodiosa voz, que retiene cautivo al navegante hasta quitarle por completo la memoria de su patria, esa playera melancólica, esa penetrante saeta, esas canciones en cuyas cadencias compiten á porfía el verso con la música, el sentimiento con la palabra, y que difundiendo por vuestras venas, con sus largas y voluptuosas notas, una especie de soñolencia semejante á la producida por los filtros orientales, concluye por rendiros esclavos, y por quitaros toda voluntad que no sea el perdurable de aquella poesía y de aquel amor. Calipso, tú eres el puerto de socorro y la playa de abrigo; Circe, la ciencia milagrosa que muestra como evitará el marino bajíos y escollos, ó conjurará tormentas y tempestades, leyendo en el aire señales del próximo tiempo y colocando en los astros del cielo jalones para su ruta por los abismos del mar; Nausicaa, tú eres la hospitalidad propia de los pueblos asentados en costas muy abiertas á todos los vientos y muy accesibles á todos los barcos; Leucotea, la serenidad y la calma de mares propicios, pues todas juntas debíais denominaros las Musas del mar.

Así como Polifemo en sus antros de Sicilia, los escollos Scila y Caribdis en la entrada de sus estrechos, las iras de Neptuno y Eolo representan todo aquello que contraría en el mundo al marino, las Sirenas, por el contrario, representan todo aquello que le atrae para poner en su memoria olvido de la patria y del lugar ausentes; Circe, todo aquello que mágicamente lo ilustra con susavisimos consejos y lo industria en secretos de cielos y mares; Leucotea y Nausicaa los auxilios y los consuelos indispensables á quienes combaten con huracanes y oleajes, sobre todo cuando, exploradores ó naufragos, andan á merced y arbitrio de los caprichosos elementos, quienes juguetean con su vida y les presentan por doquier pedruscos para estrellarse y abismos donde sumergirse. Por esa virtud admirable que los griegos tienen de personificarlo todo, personificará Homero lo adverso, por regla general, en personificaciones masculinas, mientras lo próximo en personificaciones femeninas. Por un Agamenón que, allá en los círculos del averno, acuse á su mujer Clitemnestra de adúltera y parricida, otros personajes del poema y otros ejemplos de sus bellas estancias ensalzarán en loas innumerables á la mujer sin tasa, y nos la presentarán como dechado hermoso de todas cuantas virtudes se necesitan para embellecer los hogares y sustentar las familias. Penélope, la mujer del marino, excede á todas. El gran poeta quiere pintar en ella la fidelidad inquebrantable al matrimonio de la esposa que ha de velar por una casa expuesta siempre al abandono en las largas ausen-

cias del jefe, y necesitada, por tanto, de una re mutua en los cónyuges, única prenda posible de legitimidad en la familia. Cuantos escollos rodean á la mujer de un marino muy apartado del hogar por su oficio, hállanse descritas en la nube de pretendientes importunos que rodean á Penélope, y que ponen asechanzas múltiples á la castidad de su vida y á la pureza de su alma. La escena en que Ulises arriba transformado en viejo al hogar propio donde nadie le conoce, ha pasado como eterno modelo á todos los tiempos y á todas las literaturas. Con ese arte, propio de los grandes poetas para trazar de un solo rasgo una gran situación, á su llegada, el perro fiel y viejo le olfatea y le reconoce muriendo á sus años y á sus regocijos en aquel crítico momento. Después del perro le reconoce la nodriza, tan importante de suyo en todas las familias griegas, pero se contiene al manifestar su arrebatado de alegría con jubilosas exclamaciones, porque Ulises le tapa con su mano la boca. Lo cierto es que bajo las fingidas apariencias de pobre y anciano puede ver como aquella esposa del alma guarda para él todos sus encantos mientras para los numerosos sitiadores de tanta hermosura y pureza todas sus iras. El velo, que cubre su faz recatándola con sus pliegues á las indiscretas miradas, sírvele para más realzarla é imponer á todos, como una diosa erigida sobre la piedra del hogar, aquellos respetos arrancados por la virtud á los mismos que la reconocen y la sienten tanto más cuanto menos la cumplen y practican.

Los pretendientes ofrecen á Penélope toda suerte de preciosos dones, quien largo velo recamado con realces áureos, quien collares de ámbar y pedrería, quien zarcillos formados por tres gordas perlas, y después de recomendarse así á las preferencias de la mujer que solicitan, bailan, comen, beben, juegan al resplandor de las lámparas alimentadas por olorosas resinas, y de las antorchas puestas en mágicos círculos de fuego por las bellas esclavas, mientras Penélope, semejante á Venus por su graciosa hermosura y á Diana por su casta majestad, se asienta muy tranquila en su sede regia tachonada de marfil y plata, se da por completo á meditar sobre los sacros recuerdos de su esposo, y previene husos é hilos á fin de tejer telas que muestren como prefiere á todos los festines aquellas labores propias de su sexo y útiles á toda la familia. Las escenas finales de la Odisea presentando el combate dramático entre la casta esposa, los ambiciosos pretendientes, y la cólera mal retenida del marido, por industrias divinas oculto en la forma de un viejo y en los harapos de un mendigo, exceden á todo cuanto puede imaginarse, y demuestran hasta qué punto puede la imaginación fecundísima de un gran poeta creador urdir argumentos é inventar personificaciones para poner como de relieve los tipos más generales del mundo y los sucesos más corrientes de la vida. Cuando Ulises llega pronto á recobrar sus derechos de marido, el desenlace funesto para su alma se acerca, la boda inevitable de Penélope. Telémaco mismo, su primogénito, la trata con dureza inusitada y la obliga con imperiosos mandatos al sacrificio. La ilustre representante del hogar helénico, no sólo debe renunciar á su amor de toda la vida y al culto santo del ser en cuyos brazos ha sentido la felicidad, sino que debe superar las repugnancias de un corazón sublevado

contra los que han destruído sus campos, robado sus vacas y sus ovejas, puesto la nube del deshonor sobre su palacio, convertido en aduar por los favores arrancados á siervas que Penélope había mantenido junto á sí cual fieles guardadoras de su honra, y que procedían como meretrices en los desórdenes y en los horrores de aquellas orgías. No puede, no, darse contraste más bello que la voluptuosidad terrible de aquellos jóvenes y de sus orgiásticas fiestas donde corría el vino á torrentes y se desperdiciaban los besos en criminales y volanderos amores con la casta severa figura de Penélope, atenta siempre al recuerdo amado, mantenedora del fuego sacro, junto al hogar como junto al fuerte de su defensa, con las manos ocupadas en el telar y en el huso, cuerpo y alma separados del vicio que la circuía y asediaba, los ojos puestos en su honor y en su cariño, la esperanza en un regreso próximo del ausente, y toda ella entregada en su vida triste y en su casa vacía con religiosidad incomparable al dogma santo y al culto perpetuo del deber. Así poetizó el gran Homero la fidelidad de la esposa, indispensable al marino más que ningún otro de los trabajadores por la condición de su trabajo. Notadlo, todos los poetas mayores alcanzan esta condición superior, no tanto por la poesía y la invención, como por la verdad y exactitud de sus maravillosas creaciones.

EMILIO CASTELAR

LA REINA DE LOS PECES

(Conclusión)

Transcurrieron varios días, en los cuales visitó al conde. Al cabo de algún tiempo, la tempestad que le llevó á aquel castillo, la sintió en su alma. Relámpagos de amor brillaban en sus ojos cuando veía á Lucila, y lluvia de lágrimas rodaba por sus mejillas, si pensaba que no era amado, tronando en su pecho la desesperación y el desconsuelo.

En sus oídos sonaron un día palabras que le parecieron notas de arpa celeste. Lucila le dijo, bajo, muy bajito, sin mirarle apenas, y al pasar junto á él: — ¡Te amo!

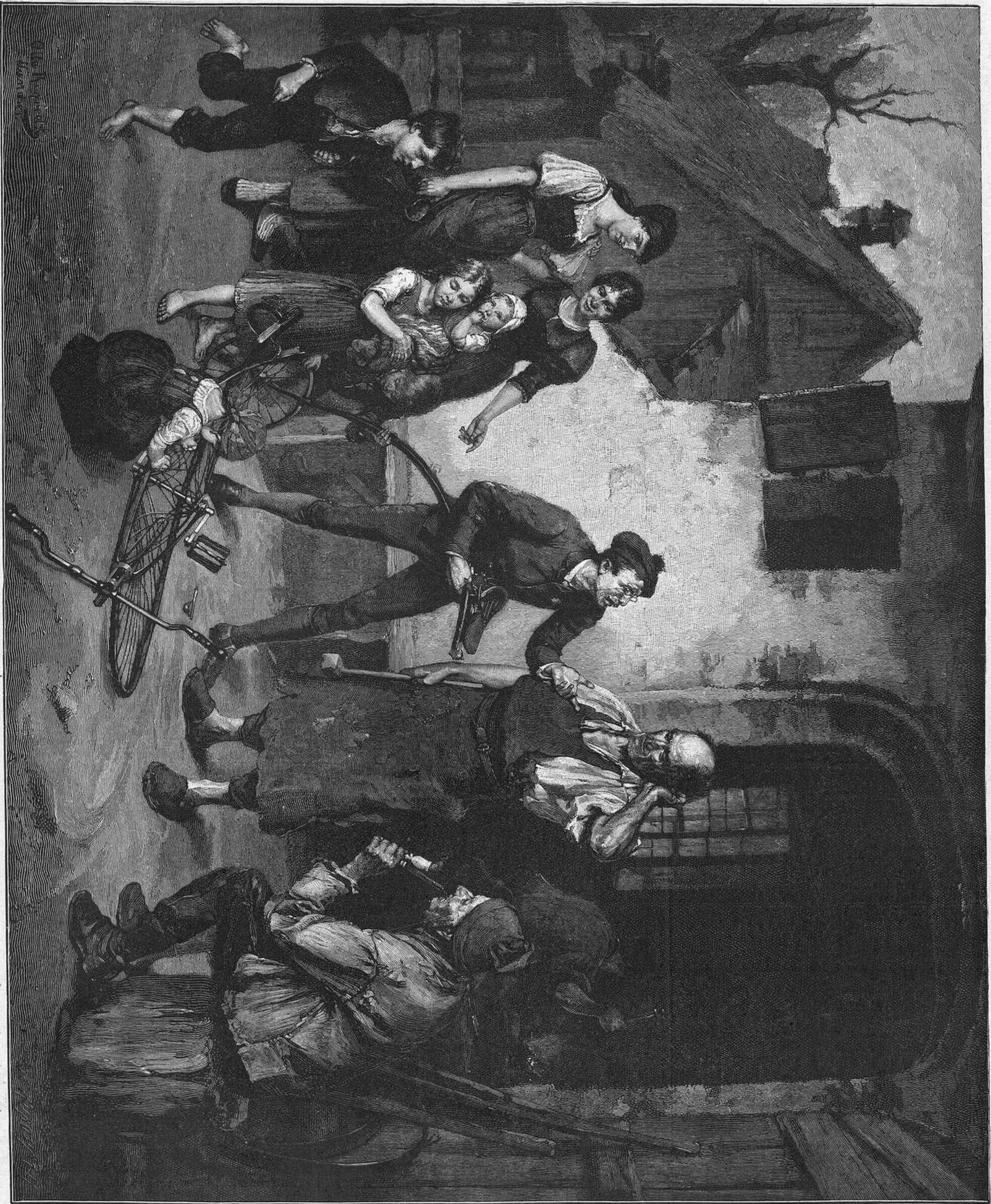
Lucila amó á Otón, como aman los ángeles. Dios no quiso que aquel amor del alma fuera también amor de la carne, y mató la vestidura material del alma de Lucila. Breve enfermedad destruyó el cuerpo.

Al llegar al cielo el espíritu de Lucila, le acogió Dios en su seno y le dijo: — Aquí os amaréis, aquí os daréis un beso eterno; vuestras dos almas se fundirán en mí.

No hay símil que pueda expresar el dolor del príncipe.

Garras de león que le destrozaran las entrañas, agudos puñales de acero candente que desgarraran sus carnes, terribles máquinas que redujeran á polvo sus huesos, hubieran parecido caricias, comparado con el sufrimiento de infierno que sentía.

En su desesperación maldijo la hora de su nacimiento, maldijo el mundo todo y hasta renegó del Dios de cielo y tierra. Su acerbo dolor convirtiéndose después en tranquila melancolía, en tristeza aun más temible que la desespe-



¡AQUÍ TE QUIERO VER, ESCOPEITA! cuadro de Oton Rupprecht



¡PADRE NUESTRO!... cuadro de Gabriel Max

MADRID
BIBLIOTECA
ARTÍSTICA

ración de los primeros momentos, pues amenazaba con consumir lentamente su existencia.

Lorenzo, su preceptor, trataba inútilmente de consolarle.

Un día hubo de exacerbar su pena.

Por mandato del rey le anunció que en breve habría de contraer matrimonio con una princesa de un Estado vecino.

La fuerza de las armas no había logrado dominar á aquel Estado, y Otón, el rey ambicioso, pensó en unir aquellos reinos á los suyos por medio del matrimonio de su hijo con la heredera del trono que ambicionaba unir al suyo.

Para lograr sus fines, ni siquiera pensó en que podía contrariar los sentimientos de su hijo.

Dió la orden y debía cumplirse. Supo el príncipe la irrevocable decisión de su padre y nada objetó, ni una sola protesta salió de su boca.

Una tarde, vió Lorenzo que el príncipe guardaba en un maletín sus joyas y gran cantidad de dinero.

— Otón, hijo mío, — preguntó el preceptor, — ¿piensas hacer algún viaje?

— Sí, — respondió el príncipe. — ¿Adónde vamos? — contestó Lorenzo.

— Tú á ninguna parte, yo adonde del cielo ó el infierno me lleven.

— Allí iremos, — replicó Lorenzo, — pues adonde vais irá.

— Advierte que si me sigues peligra tu cabeza.

— Y si no te sigo perderé la vida seguramente. Habla, hijo mío, y deja que así te llame. Conozco tu martirio, sé la causa de tus penas, no seas egoísta y déjame que comparta martirio, penas y peligros. Huyes de aquí por amor á una mujer que ya no existe y por odio á otra á quien quieren unirte; yo huiré contigo por amor á tí y por odio á todo aquello que tú odies.

— Gracias, mi buen Lorenzo, mi mejor amigo, mi padre, mejor dicho. Esta noche huiremos. No me preguntes á dónde vamos; no lo sé. Quiero ir á la tierra del olvido, es decir, á la tierra de la muerte.

II

Pugnaba un débil sol de invierno por romper unas espesas y plomizas nubes.

La tierra hallábase cubierta de nieve.

Era una mañana triste.

El frío era tan intenso, que penetraba hasta los huesos como finísimas agujas.

Una pálida luz iluminaba los campos.

Los árboles cubiertos de nieve, semejaban vistos á lo lejos unos enormes esqueletos, con lengua cabellera blanca; otros, cúpula de caprichosas estalactitas de cristal.

Un silencio sepulcral reinaba; ni el trino de un pájaro, ni el rumor de una fuente, ni el dulce murmullo de las hojas movidas por el viento.

La naturaleza estaba muerta.

Al pie de una elevada montaña, podía verse un espacio cerrado por cuatro paredones; una puerta abierta en uno de ellos, ostentaba en su parte superior una cruz formada por dos troncos.

Varios llorones inclinaban sus escuetas y peladas ramas hacia la tierra, dejando desprender de cuando en cuando largos canelones de nieve, como lágrimas heladas, derramadas por los que yacían bajo aquel suelo.

Todo allí indicaba que la muerte era la reina y señora de aquel recinto; hasta la hiedra, que verde en otro tiempo habíase extendido por entre las paredes, no sólo perdió su verdor y secóse, sino que se había petrificado por no sufrir aquel eterno espectáculo de dolor.

En uno de los rincones del cementerio veíase una cruz sosteniendo una sencilla corona formada con ramas de un ciprés.

En el centro de la cruz, y medio cubierto por la corona, leíase este nombre: «Lucila.»

Rompióse el silencio que reinaba. A lo lejos sonó, al principio un débil rumor, después el ladrido de unos perros, que el eco repitió una y otra vez.

Un trineo arrastrado por cuatro perros vigorosos de aquella hermosa raza de los países del norte, se acercaba al cementerio.

En el trineo venían dos hombres, cubiertas sus cabezas con gorras de nutria y envuelto el cuerpo en gruesas y preciosas mantas.



LA CAPILLA DE LOS TOREROS, cuadro de Salvador Viniegra

Paróse el trineo junto á la puerta del cementerio y se apearon sus ocupantes.

Eran el príncipe Otón y Lorenzo.

Sin cruzar palabra alguna, empujaron la puerta del cementerio y entraron.

Llegó el príncipe junto al sitio en que yacía el cuerpo de Lucila, descubrió su cabeza, arrodillóse, y besando la tierra, dijo:

— Lucila, mi Lucila, si mi cuerpo vive es porque así Dios lo quiere; mi alma murió contigo, pero no murió el dolor.

Logró entonces el sol romper los crespones que le ocultaban.

Lentamente se separaron las nubes, formando sobre el pico de la montaña á cuyo pie se levantaba el cementerio, una inmensa corona de finas gasas y caprichosas randas, y por entre ellas los rayos del sol formaban una aureola como la que la fe coloca alrededor de la cabeza de los santos y elegidos del Señor.

Besó Otón el nombre de Lucila grabado toscamente en la cruz, y se levantó diciendo:

— ¡Hasta luego!

Salió del cementerio seguido de Lorenzo: subió al trineo, dió un grito á los perros, emprendieron éstos una veloz carrera y el trineo se perdió á lo lejos.

Continuó el viaje sin accidente alguno que deba mencionarse, hasta que llegó la media noche.

La rotura de una de las cuchillas del trineo les obligó á detenerse en su camino.

Buscaron el príncipe y su preceptor lugar en donde guarecerse hasta que amaneciera y en vano recorrieron los alrededores del lugar del accidente.

Caminaron á la ventura hasta que al fin vieron á gran distancia el resplandor de una luz y oyeron una música monótona.

Siguiendo el camino que la luz y el sonido les indicaban, llegaron á una inmensa llanura desprovista de toda clase de vegetación y vieron con asombro una ciudad formada de casas y palacios de hielo.

La música que antes oyeron era un coro entonado por miles de voces femeninas que acompañadas de música extraña proclamaban las excelencias de la indiferencia.

Todo era frío en aquel reino: ni señal de dolor, ni signo de alegría, ni fealdad ni belleza, ni pena ni gloria, ni paz ni guerra, ni amor ni odio, ni vida ni muerte; ausente la vida por falta de pasiones, ausencia de la muerte por un resto de vida.

Era aquel el reino de la indiferencia.

Transpusieron el príncipe y Lorenzo las puertas que había en las murallas que cerraban la ciudad y nadie se presentó á su vista.

Recorrieron con asombro calles todas rectas y continuaba la música ni alegre ni triste, y todo seguía en el mismo estado.

Apareció á su vista, en el centro de una extensa plaza, una especie de lecho ó mejor pedestal que sostenía una estatua yacente.

Se aproximaron y vieron á una mujer al parecer dormida, mas con los ojos abiertos. En su fisonomía, de correcto dibujo no se veía signo alguno de pasión. El único signo que denunciaba la vida era el movimiento que en el pecho produce la entrada y salida del aire. Perfecta inmovilidad en los ojos, carencia de movimiento en el resto del cuerpo.

Ni uno solo de los músculos de su cara se contrajo al acercarse los perdidos viajeros.

Una estatua de mármol que respirara pareció al príncipe aquella mujer, hada, ó ser incomprensible.

— ¿Puedes darnos abrigo hasta mañana? — preguntó el preceptor; y no recibió contestación.

Repitió su pregunta y obtuvo el mismo silencio por respuesta.

— ¿Vives ó has muerto? — preguntó el príncipe; y continuó el silencio de aquella muerta viva.

— ¡Quién fuera como tú, insensible al placer y al dolor! — pensó el príncipe; y apenas hubo nacido este pensamiento, sin que el cuerpo de aquella estatua con vida se incorporase, ni diera muestra alguna de desear algo, dijo con voz pausada y sin matices ni entonaciones de pasión:

— Puedes realizar lo que deseas. Como tú, amamos y sufrimos las que habitamos este reino, y como tú deseamos, ni amar, ni odiar, ni placeres, ni dolores. Sólo en la indiferencia se encuentra la calma. La muerte de la pasión es la dulce vida.

— Dame esa dulce vida que anso, — replicó el príncipe.

— Toma, — dijo el hada; y arrancando de su lecho un pedazo de hielo, modeló con sus manos una á manera de medalla, la colgó de un cordón de seda que arrancó de sus vestiduras, y alargándosela al príncipe añadió: — Colócala sobre tu pecho y toda pasión huirá de él.

Hízolo así Otón, y en el momento en que la medalla tocó sobre su pecho, sintió que se retardaban los latidos de su corazón, olvidó el amor que sentía por su madre, huyó como tímida paloma á la vista del milano el dolor que sentía por la muerte de Lucila y miró con fría indiferencia á su preceptor, á quien tanto había amado.

Se alejó de aquel sitio sin mirar siquiera á aquella que había realizado su deseo.

Se apagó la luz de sus ojos y su semblante adquirió el mismo aspecto de tranquila indiferencia que se veía en el hada que le dió el talismán.

Siguió tras de él Lorenzo asombrado.

Llegaron al sitio en que habían dejado abandonado su trineo.

Amanecía en aquel momento.

El preceptor trató de componer el trineo. Otón, sin mirarle siquiera, dijo:

— Vamos, — con voz que no era ya humana.

Continuaron á pie su camino y llegaron, después de mil fatigas, que el príncipe no sintió ni notó siquiera, á la ciudad de L.

Allí se embarcaron en un buque que partía para Italia.

— Vamos al país del sol, — dijo el príncipe; — ahora ya no temo al amor de las mujeres del mediodía.

III

Nueve días de navegación llevaban el príncipe y su preceptor.

Durante ellos el mar estuvo tan muerto como el alma de Otón.

El sol brillaba en un cielo siempre azul.

La naturaleza parecía tan impassible como el príncipe. Al décimo día de navegación, cuando el sol se había ocultado en el horizonte, comenzaron á encapotar el estrellado cielo, negras nubes como espesos crespones.

Parecían débiles enemigos que aparecen cuando su formidable contrario abandona el campo cansado de retarlos á la batalla.

Formidable tempestad se desencadenó.

Rugió el mar como fiera aherrojada durante muchos meses.

Las fraguas del cielo diéronse á forjar rayos y relámpagos.

Retumbó el trueno con ruido tan estruendoso como si millares de mundos chocaran y se redujeran á polvo impalpable, y lloraron las nubes cataratas de lágrimas por aquella formidable lucha de los elementos.

Mil veces creyeron los tripulantes del barco en que se encontraban Otón y Lorenzo, que se hundían en el abismo.

Llegó la mañana, apareció el sol y volvió á reinar la calma.

El príncipe, ni se percató del peligro que habían corrido, ni de la tranquilidad que el sol les devolvía.

Cuando pasajeros y tripulación daban gracias al Señor por haberles librado de aquel peligro, sonó una voz que dijo:

— ¡Fuego á bordo!

Momentos después, á pesar de los esfuerzos de todos, el terrible elemento era dueño del buque.

— ¡Otón, — dijo Lorenzo, — vamos á morir!

— Bien, — contestó el príncipe.

— ¿No me das el último abrazo?

— ¿Para qué?

— Como despedida.

— Bueno.

Crujió entonces el barco, y Lorenzo y su discípulo fueron tragados por el mar.

IV

¡Qué necio es el orgullo del hombre!

Júzgase el rey de la creación, y su vanidad le hace creer que él es el único ser que habla y siente y piensa.

Porque desconoce el lenguaje de los demás seres de la creación, piensa que son mudos, insensibles é irracionales.

Demuestra un cuento lo contrario. Su autor asegura, y hay que creerle bajo su palabra honrada, que también otros seres aman y odian y piensan y hablan.

Millones de millones de millones de seres hay en la tierra, y no es lógico creer que sólo el hombre, que constituye la parte más insignificante de lo creado, esté dotado de los dones maravillosos de la palabra, el sentimiento y la razón.

Los que habitan en el aire y los que viven en los mares, también ríen y lloran, también conocen el mal y el bien y también esperan su premio ó castigo, que virtudes y pecados tienen.

Allá en el fondo de los mares existe un palacio de nácares, perlas y corales, y en él habita una ondina, nereida, ó sirena.

Ella es quien gobierna en el reino de los mares, mas no por el hecho de su nacimiento, sino por su inteligencia superior, por sus muchas virtudes, por su incomparable belleza.

Más prudentes los peces que los hombres, no hacen rey al hijo del rey, sino á quien por sus méritos juzgan digno de mandar.

Madrépora, que así se llamaba la reina de los peces, había llegado á empuñar el cetro por aclamación de su pueblo.

Los lenguados, que son los abogados del mar, pronunciaron elocuentes discursos para preparar su elección.

El pez-espada, representante del ejército, pensó en sublevarse si Madrépora no era proclamada reina.

Los cangrejos, ó sea el partido tradicionalista, amenazaron con irse al Norte si Madrépora no ocupaba el trono.

Las ballenas, representación de la alta banca, amenazaron tragarse á todo pez viviente, si no se realizaba lo mismo.

Los calamares, ó sean los periodistas del mundo acuático, dispusieron á gastar toda su tinta escribiendo artículos en defensa de la misma candidatura, y hasta las sardinas, el pueblo bajo, decían que se declararían en huelga, negándose á servir de alimento á los ricos y á los grandes si Madrépora no gobernaba.

Todos vieron realizados sus deseos; mas para ello tuvieron que ir en busca de Madrépora como en otro tiempo fueron los romanos en busca de Cincinato.

Madrépora no quería reinar. Suspiraba y anhelaba por dejar de ser ondina ó sirena; quería ser mujer y ser amada por un hombre.

Madrépora había sido educada por una vieja langostina, quien la había iniciado en la sabiduría humana.

En uno de sus largos viajes por el Océano, había encontrado una estatua griega representando un Apolo, y muchos libros que después de mil trabajos consiguió leer.

Enamoróse del hombre por la estatua, y por la lectura de los libros, pensó que la tierra era un paraíso.

— Allí, — decía, — el pez grande no se come al pez chico; aquél es el reino de la justicia.

Llegó á ser tan grande su deseo de visitar la tierra y de ser amada por un hombre como su Apolo, que un día consultó con su viejo langostino, pidiéndole un medio de realizar su sueño.

— Si salieras del mar, — dijo el langostino accionando pausadamente con sus largas patas y torciendo sus negros y salientes ojos, — con ese aspecto, no serías amada por el hombre. El hombre ama á la mujer; tú no eres mujer.



LA REINA NATALIA DE SERVIA

Tus dientes son de perlas, los de la mujer de hueso; tu cabellera de verdes algas, la de la mujer de cabellos negros ó rubios; tu cuerpo de preciosas y frías escamas de oro y plata, el de las hijas de Eva de carne fina y ardiente; y además, tú amas con los sentidos, mas no con el alma inmortal, porque Dios, injusto con nosotros, no nos dió alma.

— Pues todo eso que tengo es lo que quiero dejar de tener, y todo lo que me falta deseo tener. ¡Oh, tú, sabio y bondadoso langostino, busca un medio para que huya de las aguas y vaya á la tierra!

— Uno sólo hay, mas peligroso.

— ¿Hay uno y lo tuviste oculto? ¿Qué haces que no lo pones en práctica? ¿Qué piensas que no me lo revelas?

— Considera que te expones á perder lo que eres y á no ganar lo que deseas.

— Haz lo que te pido si no quieres que llegue á odiarte.

— Ante tal amenaza, obedezco. Sígueme.

Salieron de su palacio Madrépora y el langostino, nadaron durante muchas horas, recorrieron muchas leguas en su carruaje que era una hermosa concha tirada por dos caballitos de mar, y por fin llegaron á la cueva de un pulpo que conocía toda clase de encantamientos y que era un mago y terrible brujo, que por la magia negra adivinaba el porvenir y hacía verdaderos milagros.

Salió el pulpo al dintel de su cueva, y dijo á Madrépora, antes de que ésta manifestara su deseo:

— Sé á lo que vienes. Puedo realizar tu deseo, pero antes escucha las condiciones. Naciste sin alma, porque así lo quiso quien todo lo puede. Los astros dicen que vivirás cientos de años si con tu suerté te conformas, pero también pronostican que no querrás conformarte. Los seres todos desprecian el bien cierto que poseen, por un bien dudoso. Reina eres en los mares, nada serás en la tierra. El fin que te espera, si desprecias lo que tanto ambicionas, es la felicidad, y después, transcurridos varios siglos, te convertirás en espuma de mar. Si quieres ser mujer, puedes serlo; pero sabe que el planeta Venus dice: Sea Madrépora ser humano si así lo quiere. Renuncie á cientos de años de vida y de felicidades, y renuncie también á tener alma inmortal y goces eternos é inmateriales si no consigue ser amada por un hombre determinado. Por el amor, mas no el sensual, tendrá espíritu puro, que á nadie, sin grandes penas, le está permitido cambiar las leyes de la sabia y poderosa naturaleza. Esto dispusieron los astros. Mira, resuelve tú, — dijo el nigromántico pulpo.

— ¿Eres adivino y brujo y encantador, y no sabes mi resolución? — replicó Madrépora.

— La sé, mas necesito oír de tus labios, que así Venus lo dispuso.

— Cúmplase la voluntad del planeta. Mujer ansío ser. Si no realizo las condiciones que mi destino señaló para tener alma inmortal, si ese hombre no llega á amarme, venga la nada; ¿para qué quiero las felicidades materiales?

— Se cumplirá tu deseo; estaba escrito. Terribles obstáculos habrás de vencer; hasta la naturaleza será tu enemiga. Mira:

Formidable tempestad se desencadenó.

Rugió el mar como fiera aherrojada durante muchos meses.

Las fraguas del cielo diéronse á forjar rayos y relámpagos.

Retumbó el trueno con ruido tan estruendoso como si millares de mundos chocaran entre sí y se redujeran á polvo impalpable, y lloraron las nubes cataratas de lágrimas por aquella formidable lucha de los elementos.

— Quizá en este momento muere el hombre que con su amor ha de darte la eternidad. Alejate de aquí, que es brevísimo el plazo que te dan. Al salir del reino de las aguas tendrás formas de mujer. Nadie en el mundo sabe si llegarás también á tener alma; ese es el secreto de tu vida.

Corrió Madrépora impaciente por cumplir su destino.

No bien se había alejado algunas leguas de la cueva del brujo, los vientos y los mares se rebelaban y daban una prueba de su poder indomeñable. Cansados los vientos de obedecer y los mares de sufrir en sus espaldas el peso del hombre, sacudieron su yugo, é hicieron comprender á su tirano que la esclavitud convierte á la brisa en huracán y al pacífico mar en monstro insaciable que todo lo devora y destruye.

Oyó Madrépora el crujido de un buque que para siempre se hundía en las profundidades de su reino.

Quejidos, plegarias, lamentos, maldiciones oyó Madrépora; eran unos y otras la despedida que daban al mundo los tripulantes y pasajeros del barco en que iban Otón y su preceptor.

La que fué reina de los peces y pronto iba á ser mujer, quiso salvar de la muerte á aquellos á quienes ya consideraba como semejantes suyos.

Dos cuerpos estrechamente abrazados caían á plomo hacia el fondo del mar.

Al verlos sintió Madrépora extraña sensación; uno de aquellos cuerpos era una reproducción exacta de su Apolo. Aquel era el hombre á quien ella amaba. ¿Sería ya cadáver?

Dirigióse hacia el grupo, colocó su brazo izquierdo debajo de la cabeza de los naufragos, nadó con velocidad extraordinaria hacia la superficie de las aguas. Llegó en breves momentos á orillas del mar, á pesar de que les separaban de ella cientos de leguas, depositó sobre la arena aquellos cuerpos cuyos corazones aun latían, dió un beso en la boca á uno de aquellos hombres; abrió el otro los ojos y pronunció este nombre:

— ¡Otón!

Madrépora volvió á hundirse en el mar.

V

Las profecías del adivino pulpo se cumplieron. No tardó Madrépora en salir de las aguas.

Su cuerpo, antes de frías escamas de oro y plata, convirtiéndose en torneado cuerpo de tibias carnes.

No era su boca de corales, sino de sanguíneos y ardientes labios, en los cuales habían millones de besos que pugnaban por ser cambiados por otros.

No eran sus brazos de mármol ni como el mármol fríos, sino de músculos y sangre y nervios, y ansiaban estrechar otros músculos y otros nervios y otra sangre como la suya hirviendo de deseo.

Era, en fin, su cuerpo todo, un cuerpo amante que buscaba la mitad de un alma que amase y modificara aquellos calenturientos deseos por esos otros suaves, dulces, tranquilos, eternos y sublimes que constituyen el amor verdadero; el amor que produce madres.

Otón y su preceptor, á quienes Madrépora salvó de una muerte cierta, encontráronse al volver de su desmayo rodeados de gentes, que después de haberles prodigado solícitos cuidados, les miraban con asombro.

¿De dónde procedían aquellos naufragos, si en todo cuanto la vista alcanzaba no se veía nave alguna que hubiera zozobrado?

— ¿De dónde venís? — preguntó un pescador á Otón en lenguaje extraño para él, pero que era hablado por el príncipe.

— Naufragamos en el Océano Atlántico; salimos de Suecia, y no debemos estar muy lejos de aquel país, — respondió éste.

— El terrible accidente que han sufrido ha trastornado sus cabezas, — dijo el pescador á sus compañeros, y añadió: — Debes estar en un error, puesto que te encuentras en las playas del Mediterráneo. ¿Ves esa ciudad? pues es una ciudad de España.

— Dios protege mi vida, y hasta hace milagros para prolongar esta existencia que me pesa, — pensó Otón; y saludando á los caritativos pescadores que le habían vuelto á la vida, se alejó de aquel sitio sin sentir agradecimiento hacia sus salvadores.

Lorenzo, el fiel preceptor, lloraba amargamente la muerte del alma de su querido discípulo.

Halláronse Otón y Lorenzo en España, casi desnudos, hambrientos mendigos. Madrépora, á quien encontraron poco después del naufragio, les colmó de riquezas, que

Otón aceptó indiferente y no agradeció.

Por dar muerte á un hombre en desafío, fué Otón encarcelado y condenado á muerte.

El día antes de aquel en que debía cumplirse la sentencia, Madrépora supo facilitarle medio de que huyera.

Huyó Otón indiferente, y no mostró agradecimiento hacia su salvadora.

Acusáronle un día injustamente de infame y de ladrón; probó Madrépora su inocencia, y no pudo conseguir ni la más mínima prueba de amistad de Otón.

Amor inmenso mostró Madrépora á Otón. Su celestial belleza, sus favores, sus generosidades, sus sacrificios y sus gracias no lograron romper la capa de hielo que envolvía el corazón del príncipe.

Espiraba el plazo que el destino concedió á la que fué reina de los peces, para que por el amor anudara en su hermoso cuerpo un alma inmortal, y desesperada y deshecha en lágrimas, vió que no conseguía vencer, y se dispuso á convertirse en espuma de mar.

Llamó por última vez al alma de Otón, y ni respuesta obtuvo. Mientras Madrépora, suplicaba y rogaba, quedóse Otón dormido.

Alejóse de su lado Madrépora, y dijo:

— Vamos á morir.

Llegó á orillas del mar y se sumergió en el que había sido su reino.

Al ver Lorenzo que se alejaba Madrépora, aprovechando el sueño de Otón, arrancó de su pecho la medalla de Lucila que le hizo indiferente, diciendo:

— Si has de sufrir, sufre; si has de morir, muere; pero no vivas muriendo.

Despertó Otón gritando:
— ¡Lucila! ¡mi Lucila! ¡yo te amo, tú no has muerto, vives, vives para mí!...

Y salió corriendo, llegó al mar, y en aquel momento Madrépora surgió del mar, teniendo la misma cara de Lucila.

Dios mandó que el alma de Lucila se encarnase nuevamente en el cuerpo de la que fué reina de los peces.

Unieronse los labios de Otón y Madrépora, hoy Lucila, y fundieronse sus almas.

R. REVENGA.

NOTICIAS VARIAS

GLOBO TERRESTRE Á LA MILLONÉSIMA. — Entre los más interesantes proyectos que la Exposición universal de 1889 ha hecho concebir, citaremos el de dos amigos apasionados de la geografía, MM. Villard y Cotard, que no se contentan ya con los proyectados mapas de superficie plana, ni con los globos de pequeñas dimensiones usados hasta el día. Villard y Cotard quieren construir en un monumento especial que se les reservará en el centro mismo del Campo de Marte, un globo terrestre en la escala de una millonésima, que será una curiosidad geográfica de primer orden.

Nuestra unidad métrica es la cuarentamillonésima del meridiano. El globo tendrá 40 metros de circunferencia y se representará en él un kilómetro por un milímetro. Esta esfera, de unos 13 metros de diámetro, dará á su solo aspecto una impresión de grandeza, á la vez que el sentimiento de su pequeñez con relación á la tierra, y de este contraste nacerá una apreciación posible de las dimensiones reales, porque la noción del millón es accesible al espíritu. En esta escala podrán estar los detalles geográficos suficientemente indicados y aparecer para la mayoría en su verdadera medida. Por la primera vez se verá en un globo el punto realmente ocupado por ciertos espacios de dimensiones conocidas, como los de las más



CABEZA DE VIEJO, estudio del profesor Andreotti

grandes ciudades: París ocupará en él, poco más ó menos, un centímetro cuadrado.

Con esto se establecerá netamente una relación entre el centímetro cuadrado, que es París, y la superficie de este globo, que es la tierra; y por esta relación, una percepción bien clara de las dimensiones comparadas de los diversos países, de los continentes y de los mares.

La vasta esfera girará sobre su eje, dando idea del movimiento de rotación de la tierra.

LAS MUJERES EN MONTE BLANCO. — Mme. Gabriela Vallot ha dado en el *Anuario del Club Alpino* de este año, una lista muy interesante de todas las mujeres que han tenido la audacia de subir hasta ahora al monte Blanco: su número asciende á setenta y uno. En otro tiempo las ascensiones hechas por mujeres eran tan raras que tomaban la proporción de un acontecimiento. Así la ascensión de Mlle. de Angeville en 1838 pareció tan extraordinaria, que se hizo de ella una relación ilustrada en un álbum con láminas de colores, en que se representaba á la heroína atravesando los pasos más peligrosos.

Desde aquella memorable excursión hasta 1865, sólo cinco mujeres llegaron á la cima del Monte Blanco. Pero á partir de 1871, no hay estío en que una mujer á lo menos no lleve su temerario arrojito hasta la cumbre del gigante de los Alpes. En las setenta y una ascensiones figuran las inglesas honrosamente, pues llegan al número de treinta y ocho, las francesas las siguen en número de veintisiete, y damas de las diversas nacionalidades completan el total. Por lo que valga, bueno es decir que las españolas no han aspirado nunca á esta gloria.

PRODUCCIÓN DE ORO Y PLATA EN 1887. — La producción del oro en 1887 se eleva á 502.013,400 de francos,

cifra inferior á la producción media de los años anteriores. Desde 1870, la producción del oro ofrece una marcada tendencia á la baja. Los Estados Unidos producen actualmente la mayor cantidad de oro: 194 millones en 1887. Hace algunos años estaba la Australia en primera línea entre los países auríferos; pero ahora está en lugar secundario con 133 millones, y viene luego Rusia con 106 millones. Hay que esperar, sin embargo, en un porvenir próximo, cambios importantes en esta clasificación de los países auríferos: se han descubierto, y se explotan actualmente, nuevas regiones, y los procedimientos industriales permiten explotar yacimientos auríferos que con los antiguos procedimientos de extracción apenas remuneraban los gastos.

Pasando ahora á la producción de la plata, observamos que, en vez de bajar como la del oro, aumenta de año en año. En efecto, los dos últimos han suministrado cada uno más de seiscientos millones de plata al comercio de metales preciosos. Las minas de los Estados Unidos y las de Méjico son las que principalmente tienden á aumentar la producción anual de la plata. Las explotaciones mejicanas han suministrado por sí solas 78 millones en 1887.

NUEVO PARÁSITO DEL HOMBRE. — Se ha hecho en el Japón, hace dos ó tres años, un interesante descubrimiento helmintológico. El profesor Baelz, de la universidad de Toquío, hace constar en el hígado de cierto número de indígenas un parásito que se asemeja á la borrija que suele ofrecer el hígado del carnero. De estos parásitos hizo el doctor dos especies distintas, que más tarde reunió en una sola su colega el señor Blanchard

bajo la denominación técnica de *Distoma Japonicum*. Son unos gusanillos ovalarios de 12 milímetros de longitud y de 2 á 3 de grueso, transparentes y provistos de dos fuertes ventosas.

Su desarrollo no es del todo conocido aún; pero se sabe que sus huevos, muy diminutos, dan origen á embriones prolongados, ciliados, que nadan fácilmente en el agua. Deben pasar probablemente por muchos estados larvarios y afectar alternativamente vida libre y parasitaria: es un modo de desarrollo generalmente realizado entre los trematodos, grupo de gusanos á que pertenece el *Distoma Japonicum*.

Pero lo más curioso es la repartición geográfica del parásito. Es endémico en el centro del Japón, en dos regiones bien circunscritas, donde constituye una verdadera calamidad pública por su abundancia y sus estragos consiguientes. La primera región está situada en la provincia de Okayama y comprende algunos villajos asentados en un suelo fangoso, bañado en otro tiempo por el mar y destinado hoy á los arrozales. Un veinte por ciento de los habitantes de esta región está infectado, y á 2 kilómetros de esta localidad apenas es conocido el parásito. Pero vuelve á encontrarse en otro lugar alejado del primero 70 kilómetros. Allí se limita la plaga á un villorrio de 200 habitantes, pero es en extremo abundante y tiene invadida la mitad de la población.

En el resto del Japón es muy raro el *Distoma* en el hombre, pero no es raro encontrarlo en el hígado del gato, principalmente en Tokio. En las dos regiones infectadas, las indígenas beben agua impura, hasta sucia, y es posible que traguen en el agua el huésped intermedio, crustáceo ó molusco, del *Distoma Japonicum*.

Una calamidad más que añadir á las numerosas que perturban la humana existencia, y que con frecuencia son engendro de otras enfermedades como la coqueluche, reciente en Europa, y de origen embrionario alemán.

(Del periódico: *La Nature*)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN